

CAPITULO IV.

Condiciones que hay que llenar para hacer parte de la Archicofradía.

Todo católico, cualquiera que sea su posición, puede pedir y obtener ser admitido en la asociación. Para ser miembro de ella se necesitan dos condiciones solamente.

La 1.^a es hacer poner su nombre y apellido en el registro de una cofradía regularmente agregada á la de París. En las parroquias que no tienen la dicha de poseer esta asociación, los fieles pueden hacerse inscribir en cualquier parte en que esté establecida. Se podrá también enviar el nombre á Ntra. Señora de las Victorias.

La 2.^a es rezar todos los días una vez, la *Ave María* ó la *Salve*, en honor del Sagrado Corazon de María por los pecadores.

La ofrenda de que hablan los estatutos en el art. V. y las oraciones indicadas en el art. VII y VIII, no son condiciones necesarias para la admisión ni para las indulgencias: pero son prácticas aconsejadas como útiles. No hay nada en la obra de la Asociación que obligue bajo pena ni aun de pecado venial.

PRIMER MOTIVO DE NUESTRO CELO

PARA LA CONVERSION DE LOS PECADORES.

EL DESEO DE DIOS.

MEDITACION PRIMERA.

DIOS AMA A LOS PECADORES.

PUNTO I.

Dios ama á los pecadores.

¿Cómo no amará lo más excelente de sus obras? Nuestra alma es la obra maestra de un Dios Criador. ¿Cómo no amar él su propia semejanza? No nos semejamos á Dios por nuestro cuerpo, por que Dios no tiene cuerpo. Pero en nuestra alma, aunque deprabada por el pecado; no encontramos todavía rasgos hermosos de esta imagen de Dios, que hacía su gloria en su primitiva grandeza? Imágen de su inteligencia en este espíritu deseoso de conocer, capaz de reflexionar y comprender. Imágen de su *santidad* de su *justicia*, en aquella rectitud natural que nos hace aprobar lo que es bueno y condenar lo que es malo. ¿Por qué parece seguro interesarnos y enternecernos

con el relato de una bella accion? ¿Por qué damos nuestras lágrimas á la virtud desgraciada y nos irritamos contra el malvado que la oprime? Es porque nuestra alma está hecha á Imágen de Dios.

Cuando la Escritura nos enseña que nuestra alma es un soplo de la boca de Dios, es para hacernos entender que el Criador la produjo con una afeccion tan tierna, que es, dice Bossuet, como si hubiera salido de las regiones de su corazon.

¡Oh noble imágen de la Divinidad! ¡Oh alma del hombre, cuanta es tu escelencia, cuánta tu dignidad, y cuán seguro está de agradar á Dios el que trabaja en levantarte de tu degradacion, el que contribuye á tu felicidad!

PUNTO II. Dios ama el alma de los pecadores.

El alma del pecador es su imágen desfigurada. No la ama de un amor de complacencia, que es como ama á los justos, sino de un amor de compasion. Este Dios, tres veces Santo, que no puede mirar la iniquidad, mira sin embargo con el mas vivo interés una alma manchada de crímenes. Cuando descendió sobre la tierra, se hizo llamar amigo de los pecadores. ¿Qué cosa mas tierna en el Evangelio que las

parábolas del pastor que corre tras de su oveja estraviada; de la dracma perdida con tanto dolor, buscada con tanta solicitud, y vuelta á hallar con tanta felicidad; del buen padre estrechando entre sus brazos y regando con amorosas lágrimas al hijo culpable que lo habia abandonado?

Dios de David, de Pablo, de la Magdalena y de Agustin! ¡Oh vos que habeis iluminado á la Samaritana, mirado á Pedro, llevado la salud á la casa de Zaqueo, convertido tantos pecadores...! Mirad, tocad, convertid tantas almas insensibles á su propia desgracia; salvad la obra de vuestras manos.

PUNTO III. Dios se muestra reconocido de todo lo que hacemos para la conversion de los pecadores.

El Señor en otro tiempo hacia conocer á David que era sensible al deseo que tenia este santo rey de edificarle un templo; y no lo será mucho mas á los esfuerzos de nuestro celo para purificar y reedificar sus templos vivos, profanados y destruidos por el pecado? ¿Para hacerlo volver é entrar en almas donde habitaba con delicia cuando la inocencia las adornaba? Si Jesucristo recibe con reconocimiento, como hechos á él mismo, los mas ligerós

servicios que hacemos en el órden temporal á los que se ha dignado adoptar por sus hermanos, ¿podría ser indiferente á los servicios infinitamente mas importantes que nuestra caridad les haga en el órden espiritual y eterno?

Oh! qué dulce me parece, Señor, merecer vuestro reconocimiento, dándoos del mio un testimonio que yo sé que os agrada! Yo me dedico á ganaros corazones. ¡Oh si yo pudiera poner corazones en el cielo que os amasen conmigo y por mí, toda la eternidad!... Yo lo podré ¡ó María, ó tierna Madre de los pecadores, ó Madre mia! yo podré, si vos apoyais con vuestra poderosa intercesion mis muy debidas oraciones.

Acordaos ¡ó misericordiosísima Virgen María! que no se ha oido decir alguna vez, que ninguno de los que han recurrido á vuestra proteccion, implorado vuestra asistencia, y reclamado vuestro socorro, haya sido abandonado de vos. Animado con semejante confianza, recurro á vos, gimiendo bajo el peso de mis pecados: no desecheis, ó Madre de Dios, mis humildes oraciones, sino escuchadlas favorablemente, dignaos despacharlas. Así sea.

MEDITACION SEGUNDA.

DIOS HA PROBADO SU AMOR PARA LOS PECADORES.

PUNTO I.

Dios Padre dando su hijo para salvarlos.

Caido el hombre en desgracia de Dios, no podia levantarse de una caída tan lamentable. No tenia él ningun medio para restablecer el comercio de amor que lo habia unido á su Criador y á su Padre, y que habia tan indignamente interrumpido ofendiéndole. ¿Qué espacion hubiera bastado para borrar su crimen y reparar la divina gloria ultrajada? Esto es hecho. ¡Gran Dios, nuestra desgracia es irremediable!

Escucha ó pueblo mio! dice el Señor, y comprende si puedes, toda la fuerza de mi amor, todas las riquezas de mi misericordia. Yo tengo un Hijo en que he puesto todas mis complacencias, porque he vuelto á hallar en él todas mis infinitas perfecciones; es otro yo mismo. Toma á este Hijo único y muy amado; yo te lo doy si él consiente en ello, yo lo entrego á la muerte por salvarte....

Es en efecto hasta este prodigioso exceso,

dice S. Juan, que Dios ha amado al mundo. . (1)
 ¿Y qué mundo? Un mundo cubierto de crímenes,
 manchado con todo género de iniquidades,
 porque no había otro mundo cuando él nos dió
 á su Hijo. . ¡Oh alma humana, esclama S. Ber-
 nardo, que preciosa eres! ¡Pobres pecadores!
 ¡Y vos perdeis, como objeto, de ningun valor,
 esta alma por la cual un Dios infinitamente sa-
 bio, creyó deber hacer un tan admirable sa-
 crificio!

PUNTO II.

Dios Hijo dando su sangre por rescatarlos.

Encarnando el Verbo Eterno, no ignoraba lo
 que le costaría sacar á los hombres del abismo
 en que se habían precipitado, revelándose con-
 tra Dios. Percibió á primera vista todo el por-
 menor de los oprobios y dolores que tendría
 que sufrir para pagar nuestro rescate y llegar
 á ser nuestro Salvador. Nada pudo asustar
 su amor; se entregó al sacrificio. Los profetas
 lo hacen hablar así á su Padre:

Yo veo bien, ó Padre mio, que los hombres
 no tienen holocaustos que ofreceros que sean
 dignos de vos; todas sus reparaciones son infi-
 nitamente menores que sus ofensas; jamas po-

(1) Joan. 3, 16.

drán por sí mismos desarmar vuestra cólera;
 vedme aquí penitente en su lugar; yo me hago
 su víctima, pronto á sufrir los rigores de vues-
 tra justicia adorable. Herid, herid á vuestro
 Hijo; ¡mas perdonad á los hombres!
 ¡Oh pesebre de Belen! ¡oh huerto de los oli-
 vos! ¡oh Pretorio! ¡oh Calvario! ¡qué elocuente-
 mente nos hablais del amor de Jesus á los pe-
 cadores! ¡Ah! ¡Si yo viese á mis hermanos en
 el corazon y en las llagas de Jesucristo, estaria
 yo sin deseo de contribuir á su salvacion?

PUNTO III.

*Dios Espiritu Santo empleando tantos medios
 para santificarlos.*

Al Espiritu Santo, que es en la augusta Tri-
 nidad el amor sustancial del Padre y del Hijo,
 es en algun modo el corazon con que se aman
 entre sí, y nos aman á nosotros; á este espíritu
 de caridad se atribuye la obra de nuestra san-
 tificacion en cuanto que viene de Dios.

El es el que les da á los Sacramentos de la
 Iglesia su eficacia divina; él es el que hace de
 la palabra evangélica tan pronto una trompeta
 sonora que despierta al pecador adormecido,
 como una espada que corta los funestos lazos
 de sus pasiones; el que turba una alma crimi-
 nal por la desgracia del remordimiento, la abate

por el temor, la despierta y la consuela, la sostiene por la esperanza; él en fin, el que se nos representa en la Escritura, manteniéndose en pié á la puerta del corazón culpable, pidiendo entrar en él; por que no está dentro, el pecado lo desterró de allí. ¡Oh cuánto le agrada escuchar una humilde y ardiente oracion para la conversion de los pecadores!

Divino Espíritu, escuchad, pues, la mia. Alumbrad á los ciegos, tocad á los endurecidos; poned en mis labios el sabio consejo, y la palabra de salvacion que vos me proporcionareis dirigir; bendecid sobre todo el buen ejemplo con que yo quiero siempre edificar. Corazón Inmaculado de María, rogad con nosotros rogad por nosotros. Acordaos, &c. [Pág. 32]

MEDITACION TERCERA.

YO DEBO PROBAR MI AMOR A DIOS, POR MI CELO EN LA CONVERSION DE LOS PECADORES.

PUNTO I.

Prueba necesaria.

¿Se puede amar á Dios y quedar insensible á los ultrajes que recibe, y no secundar por todos los medios posibles el mas ardiente de sus deseos, y no perdonarle el mayor de todos los

disgustos? ¿Amamos como queremos ser amados? Si alguno sentado al fuego en nuestra casa se contentase con no arropar en él á vuestro hijo pero que lo viese caer allí, sin dar un paso, sin mover un brazo para contenerlo, ó para retirarlo de las llamas, ¿querrías tenerlo por vuestro amigo?

¿Se creería amado de sus hijos un padre, si éstos se limitaban á no tomar ninguna parte activa en la incomodidad que se le daba; si se contentaban con no insultarlo con los que lo insultaban, pero que por otra parte se mostrasen indiferentes á las injurias con que se le oprimia, á los indignos tratamientos que se le hacian sufrir, sin tomarse el trabajo de impedirlos cuando podian?

El amor nos identifica con el que amamos; dividimos sus placeres y sus penas, yo estoy seguro de no tener amor de Dios, si no tengo celo por la conversion de los pecadores: prueba necesaria de este amor, mas tambien:

PUNTO II.

Prueba convincente.

Cuando Jesucristo hizo esta pregunta á S. Pedro: *Simon, hijo de Juan, me amas?* (1) no ig-

(1) Joan. 21, 15.

ñoraba cuál sería la respuesta; conocía los sentimientos de su apóstol, pero quería ministrarle una ocasión de manifestarlos, y enseñarle un excelente medio de probarlos.

Es poco mas ó menos como si le hubiera dicho: Tú me amas, ó Pedro, yo lo sé; pero tienes necesidad de darme y de darte á tí mismo una prueba incontestable. ¿Qué harás? ¿llorarás tu culpa hasta el fin de tu vida? ... ¿Te humillarás á los pies de todos para castigar el orgullo que te ha colocado un momento, segun tu estimación, sobre todos los otros? ... O apóstol mio! yo no desecharé estos testimonios de tu amor arrepentido; pero hay un testimonio mas cierto y que yo deseo mucho mas, hételo aquí: *Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos* (1) *dedicate á la salvacion de tus hermanos.*

Esta es, en efecto, dice S. Juan Crisóstomo, la mayor prueba de amor que puede darse á Jesucristo. Y pues él nos declara en los libros santos que ama á aquellos de quienes es amado, ¿queremos ser los objetos de su mas tierna predileccion? ¿Queremos poder contar con los mas ricos dones de su amor? Probémosle en nuestro celo por la conversion de los pecadores.

(1) Joan. 21, 16, 17.

PUNTO III.

Prueba consoladora.

¿Quién es aquel que preguntando á sus recuerdos, no encuentre en su vida pasada bastantes motivos de derramar lágrimas? ¿Cuántas infidelidades, cuánta frialdad con un Dios que merecia tanto amor! ¿qué ultrajes hechos á su gloria! ¿Quién es el que no tiene que llorar con sus propias faltas algun pecado de otro, que debe imputar á sus imprudencias, á su falta de vigilancia, y aun puede ser que á sus escándalos? ¿Cómo reparar estas desgracias? Volviendo á Dios por nuestro celo los que lo habian abandonado; procurándole tantos homenajes, si podemos, como ultrajes le hemos ocasionado, ¿Feliz el pecador convertido que puede suavizar por los trabajos de su celo, la amargura de sus pesares, al recuerdo de sus antiguos extravíos! Señor, yo he sido causa de que os ofendan, yo os he ofendido; pero yo me esfuerzo en procurar que os adoren, que os bendigan y que os amen. Demonio cruel, tú me has vencido, yo te venceré; yo te arrancaré mas almas que las que tuve la desgracia de darte. Así se consuela un cristiano celoso: puede decir con toda seguridad: *Vos sabeis, Señor, que yo os amo.* (1)

(1) Joan. 21, 15,

En cuanto á mi, Dios mio, hasta este dia no he podido deciroslo sin mentir á mi conciencia; porque ¿en qué, Señor, hubiérais podido reconocer mi amor? ¿Sería en mi indiferencia por la salvacion ó por la pérdida de tantas almas, cuya salvacion deseais tan vivamente? Vos sabéis ahora que os amo; vos lo veis en el pesar que experimento por haberme dilatado tanto en daros este testimonio de mi amor. Vos lo sabreis, vos lo vereis en lo de adelante y para siempre en mis piadosas industrias, y en la actividad y constancia de mis esfuerzos, para haceros amar, si puedo, de todos mis hermanos.

Virgen Santa: vos sois mi Madre; yo no tengo mas dulce consuelo que pensar en esto. Mas ¡ah! ¿Podrèis reconocèrme por vuestro hijo? ¡Cuánta caridad necesitaria para parecerme á mi divina Madre! ¡Ay! A lo menos yo os conjuro por ella: arrojad de vuestro corazon en el mio algunas centellas de aquel fuego sagrado que os inspiraba tanto celo para la salvacion de las almas. Acordaos &c. (pág. 32.)



(1) Juan de los Rios, que yo os amo.

SEGUNDO MOTIVO DE NUESTRO CELO

PARA LA CONVERSION DE LOS PECADORES.

EL INTERES DEL PROJIMO.

MEDITACION PRIMERA.

EL MAL QUE SE TRATA DE REMEDIAR ES DIGNO

DE NUESTRA COMPASION.

PUNTO I.

Naturaleza de este mal.

La caridad es compasiva, mas tambien es inteligente: mide su compasion por la grandeza de los males que son objeto de ella.

¿Hay algo que sea mas digno de nuestra conmiseracion que el triste estado de esas almas inmortales, y sin embargo desprovistas de la verdadera vida, pues que han perdido la gracia santificante; despojadas de sus méritos, despedazadas de remordimientos, ó sumergidas en un letargo mas deplorable todavia? Ved aquí para lo presente; y ¿qué porvenir. ! ¡Qué peligro de morir en la desgracia de Dios, cuando se consiente en vivir así!